

El llamado ausente. Autismo y melancolía¹

Graciela Berraute

Sebastián.

Diagnosticado a los tres años como autista. Los padres consultan con un analista a instancias del pediatra y del colegio.

Porque hay registros que muestran un desarrollo normal hasta el año y medio. De ahí a los dos años han surgido y desaparecido esbozos de palabra.

Desde entonces no demanda nada.

Tampoco se instaló el control esfinteriano, cuya enseñanza se inició prematuramente.

El padre era una figura poco relevante, completamente dependiente de su pareja.

Ella, una mujer algo mayor, adusta, con conductas muy rígidas. Dedicada a su vida profesional.

Hace un relato sorprendente sobre el hijo: una suerte de historia clínica sobre un caso clínico. Expresa esa actitud desafectivizada, a la vez que el sentimiento de orgullo por haber realizado una crianza “científica”, según pautas médicas incuestionables. En razón de lo cual el niño comía y dormía según horarios establecidos, prácticamente no lloraba. Y, sobre todo, no molestaba con su demanda.

Tuvo al hijo de grande a instancias de su familia de origen.

La presencia de esta madre se había concentrado en la eficacia de las rutinas que realizaba, o imponía realizar a los eventuales cuidadores, el padre incluido.

En ningún momento surge en las entrevistas expresiones de amor o de dolor por el niño.

Ella, y en consecuencia su marido, manifiestan su molestia por tener que efectuar la consulta con un analista, especialmente porque se pretenda implicarlos en la trama de un caso que, como se sabe, “es de origen genético”.

Concluyen la consulta en un par de entrevistas, para iniciar un tratamiento de orientación conductista. El interés de ambos es que le enseñen a hablar a Sebastián, y que adquiera control esfinteriano.

¹ Presentado en la Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis, Montevideo, 2015.

La clínica del autismo, leída desde el psicoanálisis, da cuenta de un peculiar antecedente: el deseo del otro materno no acudió a la cita.

Este deseo, el de un hijo, es el heredero del *penis neid*. La niña, profundamente defraudada por su madre que la hizo desprovista de falo, acude al padre a reclamarlo. Y por una extraordinaria equivalencia simbólica obtiene –en el mejor de los casos– la transmutación de este anhelo en el deseo de un hijo: toma lugar la dimensión de la promesa, dimensión misma del padre en lo simbólico.

Como se ve, no hay de natural en lo materno sino parto y gestación.

Es necesaria una trama significativa para que un niño sea ilusionado como su majestad el bebé, resulte heredero del narcisismo de sus padres.

Ser libidinizado, ilusionado, amado, supone que ha entrado para el otro materno en el lugar de aquel falo originalmente reclamado. De otro modo resta como objeto en su fantasma, a veces parte de su cuerpo, órgano u organismo, como revela la psicosis en sus composiciones delirantes.

Es decir que se requiere de la inclusión en lo simbólico a través de la trama edípica que se juega en el deseo de la madre, y del lugar que tiene en consecuencia la llamada función paterna.

En su extremo el hospitalismo: nadie estuvo allí para desearlo, tampoco para demandar que viva. La respuesta es la única pulsión posible, la de muerte.

Ningún llamado, solo el grito.

Especie de suicidio melancólico, porque nada del otro ni del Otro lo une a la vida. Citando a René Spitz de su libro *No y Sí*:

“Cuando estaban solos y no eran perturbados estos niños estaban demasiado quietos. Yacían en posición supina, y cuando se movían su principal actividad consistía en extraños movimientos de los dedos. Observaban estos movimientos por largos periodos de tiempo, a veces por horas. En las etapas más avanzadas se hundían en un letargo, yaciendo sin efectuar ningún movimiento ni sonido, con la mirada perdida en el espacio como en una bruma. Resentían la perturbación introducida por el acercamiento de cualquier ser humano. Cuanto más avanzada era la privación, más inmediato el rechazo de conectarse. Este rechazo tenía un elemento consistente: la rotación de la cabeza alrededor del eje sagital.”

Desde la referencia fundamental que nos ha brindado Spitz, ¿es posible encontrar en la retracción autística la huella del retorno melancólico?

Como dice Jean Claude Milner, hacer callar al otro equivale simbólicamente a matarlo. ¿Habrán hecho callar a Sebastián desde una compacidad de saber, del saber objetivante de la ciencia? Sabemos que el balbuceo iniciado quedó interrumpido.

Para que el grito se desprenda de la voz, para que devenga llamado, debe haber un lugar y otro a quien dirigirlo. Debe haber una escucha, lo cual supone alteridad.

La sanción del Otro del estadio del espejo es posible por esa distancia.

En palabras de Norberto Ferreyra, en la psicosis lo que se dice coincide con la voz del Otro. Pero el goce de hablar solo puede ser elaborado si se le habla a otro, y el silencio alterna con la voz. Es decir, en la alternancia y el vacío del significante.

Para que la lengua se incorpore como *lalangue* hace falta un campo de resonancia: el que hace posible un otro, ese Otro lugar adonde dirigir el llamado.

La pulsión invocante está en relación a la voz. Lo primero es la posibilidad del grito: “Cuando el semejante emita un grito, evocará el recuerdo del propio grito del sujeto, y

con ello el de sus propias vivencias dolorosas.” (S. Freud: Proyecto de una psicología para neurólogos)

El fin de hablar es hacerse escuchar por el otro, punto de llegada pulsional.

Debe haber un lugar adonde llamar: el otro en cuanto voz, sirve para crear la dimensión de ser escuchado. Lacan dice que la voz está en la demanda, el gritar mismo crea el lugar. Pero la ausencia del deseo del Otro materno impide que la voz se construya en el sujeto. Porque la voz transporta el deseo del Otro, de ese modo somos herederos de la lengua.

Si el goce de hablar no es posible, se interrumpe esta transmisión. El sujeto retorna, o permanece, en un goce autoerótico.

Cesa el llamado, el campo del Otro se ha desinvertido. Como en la melancolía, deja de creer en lo simbólico.

Se cierra el campo de la demanda y toma su yo o partes del cuerpo como objeto de la pulsión (no como objeto libidinal).

Para intentar una correlación entre la retracción autística y el retorno melancólico, propongo considerar la identificación que Freud reconoció como primera y anterior a toda carga de objeto: la identificación al padre, la identificación oral canibalística: “El niño hace del padre su Ideal, una identificación que es desde el principio ambivalente: el objeto ansiado y estimado es comido y destruido, pero el niño absorbe sus cualidades como el caníbal come a los enemigos que ama.”

En el seminario *Problemas cruciales para el psicoanálisis*, Lacan interroga la anterioridad en Freud de una identificación en el origen de lo simbólico.

Padre originario, dimensión mítica articulada como una forma primera: la incorporación. Referencia que se hace sobre la evocación del cuerpo, en un primer estadio inaugural de la relación libidinal. Referencia a una libido inmortal que el padre transmite.

La función del Nombre del Padre crea el lugar para que alguien pueda hacerse escuchar.

¿Se trata del lugar que produce la identificación primera?

¿Es el vacío de ser del padre como nombre, esa esencia ausente del cuerpo?

Lacan dice que la operación de identificarse a lo real del Otro Real, da como resultado algo que es el Nombre del Padre como potencia nominal: efecto tardío de esa identificación primera.

El autismo daría cuenta de un fracaso inaugural de esta incorporación a lo simbólico. Porque la voz no toma lugar, el grito persiste como rechazo del llamado: al otro y al Otro.

En cuanto a la melancolía, ¿daría cuenta de una pérdida tardía de esa función nominante? Nos enseña Freud que el sujeto no sabe qué ha perdido.

Pero que lo perdido se relaciona con el duelo mítico por el padre: de la dimensión simbólica de la identificación al padre.

Podemos pensar que la ausencia de llamado en el melancólico –quien ha dejado de creer en lo simbólico– expresa el cese de la invocación al padre como potencia nominal.